

HACIA EUROPA CON SOSIEGO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes *

Una de las mayores transformaciones estructurales ocurridas en la economía mundial en el último medio siglo —no por supuesto la única, porque basta pensar en la irrupción del Estado de Bienestar conducido por alas keynesianas o la entrada en la economía capitalista, de la economía de dirección central, desde Praga a Pekín, pasando por Moscú—, ha sido la creación de la actual Unión Europea. Debe añadirse que esto ha supuesto, que a su sombra haya aparecido el Espacio Económico Europeo, que vincula a la Unión cierta parte de lo nacido gracias al impulso británico tras el Convenio de Estocolmo con el nombre de Asociación Europea de Comercio Libre —EFTA—, aparte de lo que supone la red de acuerdos preferenciales de la Unión con países del área mediterránea, que acabará por tener consecuencias en el futuro, o lo que significa la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) que comenzó a aclarar las relaciones entre la Unión Europea Occidental (UEO) y la OTAN, sin mencionar esa singular proyección exterior hacia los países en vías de desarrollo que crea una auténtica pléyade de satélites derivados de los sucesivos Acuerdos de Lomé y que constituyen el grupo ACP (de África, Caribe, Pacífico). No olvidemos que la Unión —y antes el conjunto de las Comunidades— experimenta un continuo proceso de ampliación, a partir del núcleo inicial de las seis naciones de Francia, Italia, Alemania y los tres miembros de Benelux, ligado históricamente al ámbito del Imperio de Carlomagno. Hoy son ya veinticinco las naciones que la constituyen; dentro de poco, con la incorporación de Rumanía y Bulgaria, serán veintisiete. Hace no mucho, aquí mismo, se debatió con

* Sesión del día 15 de marzo de 2005.

profundidad por una serie de académicos la procedencia de la incorporación de Turquía; finalmente debe subrayarse que territorios de la Unión se encuentran incluso en el Continente Americano.

España, gracias a la actitud de algunos de nuestros compañeros ya fallecidos —pensemos sobre todo en los casos de Larraz y de Torres Martínez— manifestó desde finales de los años cuarenta cómo ese proyecto y, luego, esa realidad entonces naciente, exigía su presencia. Nombres de académicos de esta Corporación salpican este empuje: Castiella, con su carta de 1962; Ullastres con el Acuerdo Preferencial de 1970; nuestro presidente Fuentes Quintana, al ser el gran protagonista del Pacto de La Moncloa que está detrás del inicio de las negociaciones; después vendrán Marcelino Oreja; Leopoldo Calvo Sotelo... ¿Qué hubiera sido del paso del Sistema Monetario Europeo a la Unión Económica y Monetaria para España, sin la labor de Luis Ángel Rojo? ¿Puedo aquí dejar de mencionar el nombre de Antonio Truylol, o el de Juan Antonio Carrillo Salcedo? ¿Para qué seguir?

Algo tan impresionante como la actual Unión Europea y con tantísimas facetas no se puede explicar por una sola causa. Creo que es una de sus mejores obras por la espléndida investigación histórica que contiene, la de Ramón Tammes, *Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo*, su tesis doctoral, editada en 1965 por Iber-Amer. En ella se percibe con mucha claridad la existencia de tres raíces fundamentales. La primera, la convicción, nada más concluida la II Guerra Mundial, de la necesidad de eliminar toda una serie de planteamientos románticos, y por ello nacionalistas, que servían, a partir de los Estados nacidos después de las guerras napoleónicas, para exacerbar las diferencias que desde siempre habían existido entre los súbditos de los nietos de Carlomagno e hijos de Ludovico Pío, Luis el Germánico y Carlos el Calvo. El papel de las tierras de Lotario bien sirvieron para incrementar estas tensiones, no para aplacarlas. Lo sabemos con claridad los españoles desde el siglo xvi y hasta comienzos del xviii.

Algo supranacional, íntimamente sentido, se intentaba que pudiese retrotraernos a aquellos viejos tiempos del Emperador de la barba florida, que tuvo soberanía conjunta sobre alemanes y franceses. Las pasiones han impedido comprender cómo en la II Guerra Mundial, hijuela de la hipernacionalista I Guerra Mundial, los contendientes no lo fueron sólo en calidad de nacidos en uno u otro país. Habían surgido otros factores de unión. No se sentía traidor a su pueblo, sino todo lo contrario, Willy Brandt, por haber combatido en el bando aliado, y si leemos el *Diario* de Drieu la Rochelle, ocurría lo mismo en Francia, incluso después de saber que el Eje había sido derrotado. Hubo europeos de la misma nación combatiendo ya en un bando, ya en otro durante la II Guerra Mundial. La idea de

Europa se ensalzaba por los contendientes, por supuesto como un arma de guerra, pero con fuerza suficiente para que no repugnase una vez concluida la conflagración. La crisis del nacionalismo nacido en el siglo XIX tras su exacerbación en las trincheras de la I Guerra Mundial —léase de Ernst Jünger, *Tempestades de acero*— al mezclarse con otros elementos —léase, también de Jünger *El trabajador*—, hizo posible que la II Guerra Mundial acabase por constituir una colosal catarsis, esta vez una purificación no precisamente por el arte. Esta catarsis se llevó mil gangas relacionadas con el nacionalismo, e hizo fácil lo que no parecía de ninguna manera que se aceptase cordialmente: la existencia de autoridades supranacionales en Europa.

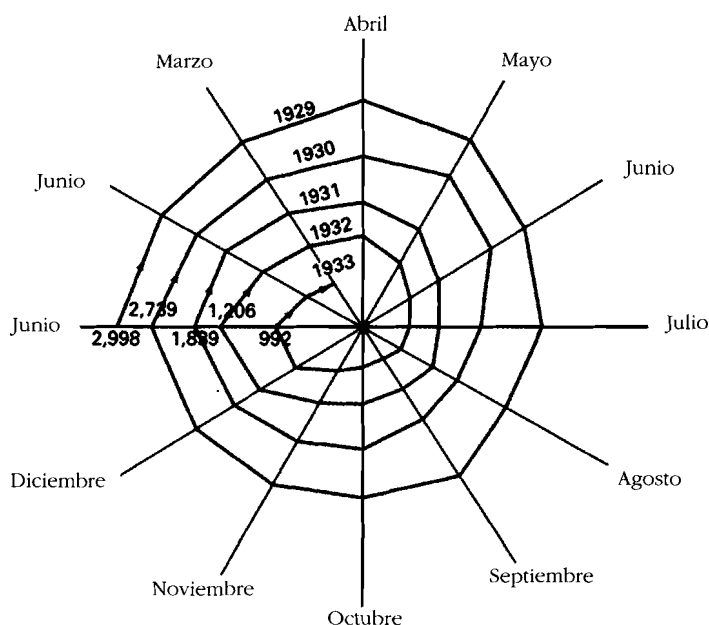
En segundo lugar, estaba la necesidad de lograr un fuerte desarrollo económico. En el cuadro I se observan los niveles totales del PIB de los doce países europeos económicamente más importantes desde 1850 a 1930, comparados con el de los Estados Unidos, según la estimación de Angus Maddison en su *The World Economy: Historical Statistics*, con cifras homogéneas de dólares 1990 Geary-Khamis internacionales. Cuando en 1950 comenzaba a ponerse en marcha la creación de Europa —Consejo de Europa, Declaración Schuman—, lo que producían los doce países europeos más importantes desde el punto de vista económico, que había sido 5,6 veces la de Estados Unidos un siglo antes, no llegaba ahora al 0,9 de la producción norteamericana. Se había comprobado algo antes, cuando, con la conferencia de Yalta, se había atribuido al Reino Unido el dominio sobre el Mediterráneo Oriental. Al estallar la revuelta comunista en Grecia, con los guerrilleros kapetanios de Markos Vafiadhis, que a punto estuvo de triunfar, como señaló en este mismo lugar nuestro compañero, Manuel Diez Alegría, desde el Foreign Office se notificó a la Secretaría de Estado norteamericana, que una intervención británica de alguna importancia en el conflicto, supondría para este pueblo, no el dilema de Göring, «cañones o mantequilla», sino «cañones o pan negro ya racionado», esto es, hambre segura. Fue el momento, en que esto enlaza con el anuncio del Plan Marshall y el artículo firmado con una X por George Keenan en *Foreign Affairs* y así da comienzo a la Guerra Fría, mientras la VI Flota comenzaba a imponer orden en mares y cielos polémicos. Paul A. Samuelson declaraba enfáticamente, que Norteamérica, gracias a sus colosales dimensiones, no había sufrido el dilema de Göring, sino que había construido una tan colosal economía que durante la II Guerra Mundial le había permitido tener «cañones y la vaca entera».

¡Ay de los europeos si no ensanchaban los mercados y, al par no se abrían al comercio internacional! Aquí el punto de apoyo se encontraba además en el estudio empírico de Kindleberger sobre cómo en torno a la Gran Depresión de 1930, las políticas de todos los países parecían impulsar que las ventas de los

productos nacionales se protegiesen al menos en el mercado interior, lo que hundía el comercio internacional, contribuyendo a una caída de la producción que generaba una profundización de la crisis que se quería atajar con cortes a las importaciones y que al hacerse generales acababan por causar una implosión de todo el sistema económico mundial, que se podía dibujar en forma de caracol contractivo como se observa en el gráfico 1.

Había que pasar a un caracol expansivo. Para ello tenía que generarse un efecto Mateo de crecimiento más fuerte, y para ello tenía que abandonarse la persistencia de mercados económicos aislados. Monnet se convirtió en un paladín de todo esto. Él fue el que, como indica Achille Albonetti en 1963, en su libro *Prehistoire des États Unis d'Europe*, el gran inspirador para todo eso del Plan Schuman, asesorado por Pierre Uri y Etienne Hirsch. Era, a la sazón, Comisario del Plan de Modernización de Francia.

GRÁFICO 1
The world in depression
The contracting spiral of world trade



Total imports of 75 countries, monthly values in terms of the old U.S. gold dollars (millions). From Charles P. Kindleberger, «The World in Depression 1929-1939».

La tercera causa de este movimiento hacia una Europa unida es también importante. Se albergaba en esos proyectos anteriores la idea de una colaboración muy estrecha con los Estados Unidos en cuanto aliados que eran, europeos y norteamericanos, en la Guerra Fría. Esto duró hasta 1956. Como señala en sus *Memorias* Monnet, Estados Unidos eran conscientes de que esto, que surgía con su apoyo directo, manifestado de modo bien visible con la Ayuda Marshall, iba a implicar una rivalidad económica futura, que no siempre sería favorable a una serie de intereses concretos norteamericanos. Por eso Monnet alaba la generosidad y el apoyo que a la idea de una Europa unida dio el Gobierno de Washington, desde los tiempos del presidente Truman. Sin embargo, en 1956 las cosas cambiaron, y se hicieron muy visibles con motivo del conflicto de Suez, que hundió lo que era, hasta entonces, una alianza sin fisuras.

Tal conflicto no gustó ni en Moscú ni en Washington. Ahora conocemos, gracias a una serie de libros, de memorias y de investigaciones efectuadas al abrirse algunos archivos, lo que nuestro académico correspondiente en Oviedo, Teodoro López-Cuesta, intuyó cuando preparaba en Heidelberg y Brujas su libro *Problemas de la integración económica de Europa*. Francia reaccionó con viveza ante lo sucedido. Parece que su síntesis histórica podría ser ésta: Guy Mollet recibía en el Elíseo una visita de Konrad Adenauer, en torno a la exploración de algún nuevo camino que sacase a Europa del tremedal en que parecía haberse metido en la búsqueda de comunidades sectoriales, terreno en el que sólo parecía entonces avanzarse —como así acabó por suceder— en el de la Energía Nuclear. En esto le pasaron una llamada del primer ministro inglés Eden. Al concluir, Mollet estaba indignado. Explicó a Adenauer que Eden le había comunicado que, por presiones fortísimas de Washington, no tenían más remedio las fuerzas anglofrancoisraelíes que aceptar, cuando las operaciones militares marchaban bien, un alto el fuego. Por eso a renglón seguido, Mollet le indicó al Canciller germano que, para tener alguna independencia internacional, había que marchar directamente por el camino que indicaba Spaak, de unir todas las economías nacionales europeas, como había sucedido con el Benelux. Agregó que Eden con esta operación parecía sostener que había aprendido que en toda cuestión bélica o diplomática de gran calado necesitaba el Reino Unido de una vinculación inmediata con los puntos de vista de Washington. En cambio París consideraba que, si se aceleraba el proceso de integración, sería posible crear un contrapoder mundial capaz de mantener un grado importante de independencia frente a Estados Unidos.

Saltó por los aires, en el verano de 1956, una alianza íntima euronorteamericana que desde el otro lado del Atlántico se consideraba que iba a impedir guerras europeas intestinas, mejorar los niveles de renta y ayudar a Norteamérica

en la Guerra Fría. A los genios que laboraban por la unidad de Europa se unió otro, que llevaba el deseo de crear en torno a Alemania y Francia una potencia internacional muy importante. Este sendero que venía de Mesina a Roma y que, como acabo de indicar, impulsaba Spaak, pasó a recorrerse con rapidez suma. Antes de un año de la retirada de Suez, el 25 de marzo de 1957 se firmaba el Tratado de Roma, en buena parte heredero del primer intento económico europeo conjunto, éste sí que amparado por los Estados Unidos en toda su integridad: la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE).

Como acabamos de ver, el gran elefante europeo tuvo muchas tensiones y vacilaciones para comenzar a caminar y para tener claras sus propias dimensiones. Pero no puede, honradamente, indicarse que no tuviese aceptablemente clara la intencionalidad de hacia donde debía dirigirse. Prueba al canto. Los fundadores, a través de la pluma de Hallstein, el primer presidente de la Comisión —o sea, del Ejecutivo comunitario— habían expresado en 1964, en el trabajo *NATO and the European Community*, incluido en la obra dirigida por Laurence B. Krause, *The Common Market: process are controversy*, que la construcción de una Europa unida debería hacerse en tres fases sucesivas: primero, unión aduanera; después, unión financiera y monetaria; en tercer lugar, como culminación de todo lo anterior, unión política.

No era éste el primer caso de empleo de estas tres fases. Por una parte, se había experimentado en Estados Unidos; en Europa, esto era lo que había ocurrido en la Italia del Risorgimento. Hallstein y el ámbito comunitario más bien parecen haberse inspirado en lo sucedido con el Imperio, o esa palabra bastante intraducible que es el Reich, alemán. La constitución de una Alemania unida en el siglo XIX requirió efectivamente tres etapas sucesivas. La primera, fue la puesta en marcha, con el nombre de Zollverein, por inspiración directa de Federico List, de una unión aduanera entre todos los elementos que constituían un confusísimo magma germano. No se hizo sin debates. En esa gran novela que es *Los Buddenbrook* de Thomas Mann, se observan las discusiones sobre ventajas e inconvenientes de la unión aduanera en la ciudad libre de Lübeck. Por cierto que, para trabar bien al conjunto del nuevo país, cuya marcha estaba en el fondo presidida por los *Discursos* —los *Reden*— a la nación alemana de Fichte, se creó una red ferroviaria para todo lo vinculado previamente por la Zollverein. La segunda etapa fue una parcial unión monetaria que consistió en que un bloque de Estados alemanes —y por cierto, Austria— pasó a tener como moneda el tálero, y otros decidieron que su moneda común sería el florín. La culminación del proceso unificador monetario no llegaría hasta 1871, con el marco alemán y con un Banco de Prusia que se convirtió en el Reichsbank. O sea, que fue posterior, aunque no por mucho tiempo —creo que

afortunadamente para el proyecto— a la unión política creada en 1870 en la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles, cuando fue proclamado Kaiser, Emperador, de Alemania, el rey de Prusia Guillermo I, por cierto muy a regañadientes, y únicamente por la decisión de un triunfante Bismarck. Un factor determinante había sido la derrota impresionante de Francia, culminada con la batalla de Sedán.

Dejemos a un lado, porque me parece una anécdota irrelevante, lo sucedido en España en relación con el referéndum sobre el Tratado por el que se establece una Constitución Europea. Allí los políticos en cuanto deseen darle un peso importante. Lo que interesa es avizorar por donde marcha el conjunto europeo, y si su caminar es el adecuado y su orientación la oportuna. Los españoles formamos parte de él, y todo error puede ser muy grave. Comencemos por recordar que ahora, antes de culminar la unión monetaria se ha intentado acelerar la unión política. Da la impresión de que algunos países —Alemania y Francia— incapaces de capitanear esa unión monetaria han decidido huir hacia delante. Por eso, en la parte final de mi intervención deseo indagar la posible presencia de fallos económicos lo suficientemente importantes en la Europa rica como para introducir serias preocupaciones.

Para comenzar conviene, como proemio, señalar, basándome en Angus Maddison, lo que en el núcleo fundamental de la Unión Europea acontece respecto al PIB de toda ella, eliminado Luxemburgo por sus especialísimas características. Pues bien; en 1957, el núcleo de Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia suponía el 76,08 por 100 del PIB del conjunto de la Unión Europea. Conviene añadir que, por el volumen total respectivo del PIB, en ese 1957 el orden era, 1) Alemania; 2) Gran Bretaña; 3) Francia y 4) Italia. En 1980, como consecuencia del famoso sorpasso, el orden era 1) Alemania; 2) Francia; 3) Italia y 4) Gran Bretaña. En el 2001, vuelve a alterarse el orden: 1) Alemania; 2) Francia; 3) Gran Bretaña y 4) Italia. Pero en el caso de Alemania, su porcentaje sobre el total, que en 1957 era del 24,52 por 100, había disminuido en 2001 al 21,25 por 100. Francia se mueve en torno al 17 por 100 con un aumento ligero, aunque en 1959 había descendido su participación al 15,94 por 100. Gran Bretaña desciende su porcentaje entre 1957 y 1980, nada menos que del 21,92 por 100 al 15,44 por 100, pero debe anotarse una visible recuperación, situándose en 1977, con un 17,06 por 100, prácticamente como Francia. En 2001, el porcentaje británico era del 16,63 por 100. Italia había subido del 13,39 por 100 de 1957 al 16,02 por 100 en 1980. Después, disminuye ligeramente.

¿Y España? Salta del 4,83 por 100 en 1957 al 8,68 por 100 en 2001 con un crecimiento realmente muy importante en su participación. En el cuadro 2 se

observa, según la OCDE, los incrementos que se esperan para el 2005. En cabeza, y debe destacarse, van los porcentajes de incremento del Reino Unido y de España.

CUADRO 1	
<i>Fechas</i>	<i>Porcentajes del PIB de los doce países europeos más importantes respecto al PIB de Estados Unidos</i>
1850	560,02
1900	200,37
1939	145,64
1950	88,37
2001	81,72

CUADRO 2 <i>Incremento previsto por la OCDE del PIB para 2005 (aproximadamente)</i>	
	<i>Porcentaje</i>
Alemania	1
Italia	1
Francia	2
Gran Bretaña	2-3
España	2-3

La impresión general es que existe algún tipo de freno en el núcleo más importante de Europa, sobre todo respecto a los Estados Unidos. Quizá merezca la pena observarlo desde el planteamiento que puede denominarse de Eugenio Domingo Solans. Éste, en su última intervención ante el Banco Central Europeo señaló que convenía investigar en cualquier ámbito económico regional, grande o pequeño, lo que ocurría simultáneamente en tres aspectos: por una parte, el equilibrio macroeconómico, observado sobre todo a través de dos macromagnitudes: el déficit o superávit del sector público, y el saldo exterior de las balanzas exteriores; de otra, el progreso tecnológico; finalmente, conviene anotar lo que sucede en relación con el equilibrio social. Al hacerlo debe tenerse en cuenta lo que enseña la Geometría desde Euclides. Para que exista un triángulo, se necesita que ningún lado sea mayor que la suma de los otros dos.

Por lo que se refiere al equilibrio macroeconómico, creo que es suficiente con exponer lo que pronostica la OCDE como sucedido en 2004 para los principales países comunitarios que son los que se recogen en el cuadro 3. La presencia del déficit del sector público es algo muy general, y especialmente importante en la zona del euro y Gran Bretaña. Esta realidad es preocupante, o incluso muy preocupante, porque es ciertamente muy difícil impulsar la actividad económica con un tan sistemático y fuerte déficit como nos ha mostrado con claridad nuestro compañero José Barea. Es preciso, sin embargo, mostrar un complemento macroeconómico muy favorable por lo que se refiere al saldo de la balanza por cuenta corriente, como se observa en el cuadro 4. Por supuesto, en Francia ha cundido la alarma con las cifras que ha presentado 2004. Comparadas con las españolas, son pecata minuta, porque nuestro problema, es muy grave, y mucho mayor que el británico, si tenemos en cuenta nuestro saldo de la balanza corriente y nuestro PIB. El pronóstico para 2005 y 2006, preparado por una serie de intermediarios financieros para *The Economist*, en marzo de 2005 que se expone en el cuadro 5, ratifica, a mi juicio, por supuesto dónde se encuentra el talón de Aquiles de nuestra economía, y dónde, en cambio, se halla uno de los puntos de apoyo más sólidos para la economía europea y la zona del euro. A mi juicio esto va a permitir que la economía europea tolere mejor el déficit del sector público, y mantenga bajas las presiones inflacionistas. La previsión para la zona del euro, para 2005, es que se situarán éstas, en el IPC, en el 1,8 por 100, aunque por lo que se refiere a los precios industriales, llama la atención que se muestran altas las cifras y, sobre todo, que aumentan algo en 2004 respecto a 2003, como se adivina en el cuadro 6. También esto permite tolerar el incremento de la cotización del euro, cuya situación, según la estimación del J.P. Morgan Chase, que era de 1,32 dólares por euro el 1 de marzo de 2005, a tres meses se cotiza a 1,38 y a doce meses, a 1,34. Igualmente es preciso no olvidar el gran tirón que procede de la situación de la ampliación del PIB basado en un muy fuerte incremento en el Asia del Pacífico y del Índico. Téngase en cuenta que el formidable déficit norteamericano —para todo el año 2004, el comercial fue de 666.200 millones de dólares, y en el por cuenta corriente, en el último trimestre de 2003 y los tres primeros de 2004, de 603.200 millones de dólares—, se cubre en un 54 por 100 por el superávit de la zona del euro, la japonesa, la china, la indonesia, la malaya, la de Singapur y la de Corea del Sur. Por supuesto que el fundamento del superávit que tiene la zona del euro es la formidable exportación alemana. Como nos ha recordado nuestro compañero Jaime Terceiro, no es posible olvidar de ninguna forma este aspecto positivo.

CUADRO 3

<i>Países</i>	<i>Saldo presupuestario en porcentaje del PIB para 2004, según la OCDE</i>
Alemania	-3,9
Austria	-1,5
Bélgica	-0,1
Dinamarca	+0,9
España	-1,1
Francia	3,7
Gran Bretaña.....	-3,2
Holanda.....	-2,9
Italia.....	-2,9
Suecia	1,1
Área del euro.....	2,9

CUADRO 4

<i>Países</i>	<i>Saldo de la balanza comercial en 2004</i>	<i>Saldo de la balanza por cuenta corriente en los últimos doce meses (miles de millones de dólares)</i>
Alemania (doce meses hasta enero 2005).....	+ 196,0	+96,0 (diciembre)
Austria.....	0,0	- 0,9 (diciembre)
Bélgica	+29,9	+11,7 (septiembre)
Dinamarca	+9,8	+5,8 (diciembre)
España	-75,5	-44,5 (noviembre)
Francia	-9,6	-5,3 (diciembre)
Gran Bretaña (doce meses hasta enero 2005)...	-106,4	-47,4 (septiembre)
Holanda	+37,0	+24,1 (diciembre)
Italia	-0,7	-12,6 (diciembre)
Suecia (doce meses hasta enero 2005).....	+23,1	+28,0 (diciembre)
Área del euro.....	+ 92,5	+52,1 (diciembre)

CUADRO 5
*Pronósticos sobre la evolución de la balanza por cuenta corriente
para 2005 y 2006 en relación con el PIB*

<i>Países</i>	<i>Pronóstico 2005 (Porcentaje)</i>	<i>Pronóstico 2006 (Porcentaje)</i>
Alemania	+2,9	+3,0
Austria	-0,8	-0,9
Bélgica	+3,4	+3,5
Dinamarca	+2,4	+2,3
España	-4,2	-4,2
Francia	-0,5	-0,4
Gran Bretaña.....	-2,7	-2,8
Holanda.....	+3,4	+3,3
Italia.....	-1,0	-1,1
Suecia.....	+6,8	+6,1
Área del euro.....	+0,6	+0,6

CUADRO 6

<i>Países</i>	<i>Precios industriales</i>	<i>Respecto a un año antes</i>
Alemania.....	+3,8 (febrero 2005)	+0,0
Austria.....	+4,6 (febrero 2005)	+1,8
Bélgica	+3,3 (enero 2005)	+1,9
Dinamarca	+3,0 (enero 2005)	+0,3
España	+4,8 (enero 2005)	+0,7
Francia	+2,8 (enero 2005)	+0,3
Gran Bretaña.....	+2,6 (enero 2005)	+1,6
Holanda	+4,7 (febrero 2005)	-0,6
Italia	+4,5 (enero 2005)	+0,4
Suecia.....	+2,5 (enero 2005)	-2,1
Área del euro	+3,9 (enero 2005)	+0,3

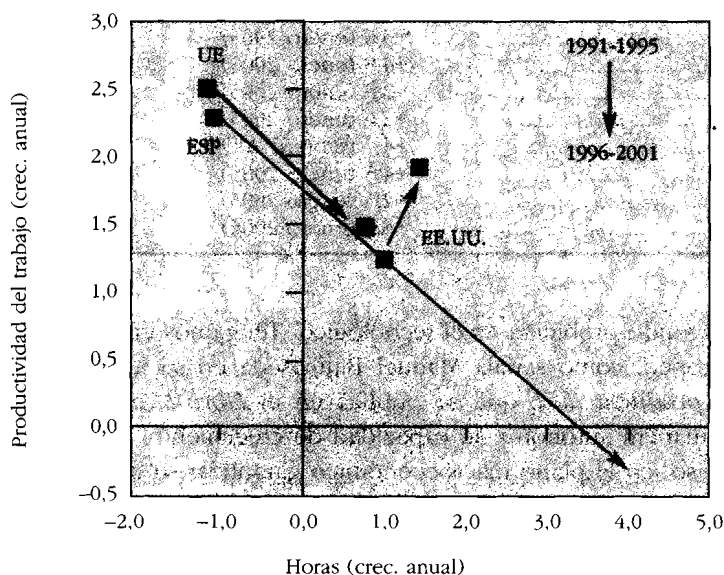
El segundo problema es el tecnológico. Tengamos en cuenta que el gran problema europeo, como señala Manuel Balmaseda en su artículo *Instituciones, regulación y productividad*, que se publica en el *Libro Marrón 2004*, es cómo impulsar, de manera autónoma su capacidad de crecimiento. Para ello, en primer lugar, es preciso «en el plano macroeconómico garantizar su crecimiento estable y sostenido, que permita acometer los retos demográficos a los que se enfrentará Europa y la sostenibilidad del Estado del Bienestar (principalmente políticas de inmigración y reforma de los sistemas públicos de pensiones y sanidad). Por otro lado, las políticas macroeconómicas deben enfocarse a conseguir un funciona-

miento más eficiente de los mercados de bienes y servicios y del mercado laboral [reformas estructurales e inversión en Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) y en capital humano], e impulsar la innovación tecnológica por medio de inversiones en I+D».

Esta cuestión está inmersa en la dura competencia que, por fuerza, se va a desarrollar entre la Unión Europea y los Estados Unidos. Como señala Balmaseda, «el avance de la productividad y la inversión acumulada en Tecnologías de la Información e I+D en Estados Unidos en la última década ha supuesto una importante ganancia de eficiencia de esta economía. Ello ha permitido —y con ella ratifico también la aportación de nuestro compañero Jaime Terceiro— que la economía norteamericana conjugue avances de productividad con incrementos en el número de horas trabajadas, lo que se traduce en un desplazamiento de la frontera productiva de la economía (un desplazamiento hacia el cuadrante superior derecho en el gráfico 2). Por el contrario, la experiencia europea, en general muestra una sustitución entre productividad y empleo en estas economías (un desplazamiento hacia el cuadrante inferior-derecho en el gráfico 2). Ello parece indicar que

GRÁFICO 2

Contribución de la productividad y de las horas al crecimiento del PIB



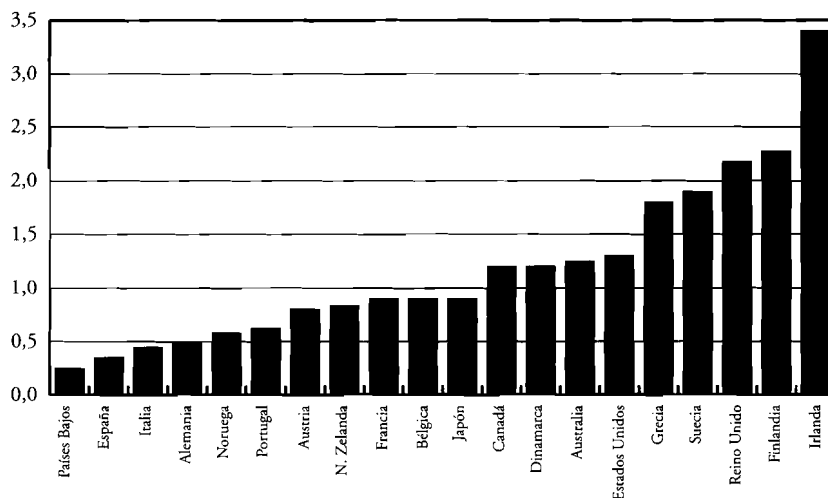
Fuente: Groningen Growth & Development Centre y Comisión Europea.

no se ha producido un desplazamiento de la frontera de producción en la economía europea, sino una sustitución entre factores de producción».

Pero es preciso observar lo que genera el movimiento de la productividad aparente del trabajo, la inversión en I+D+i y la acumulación de capital tecnológicamente muy moderno y, por ello, más reciente. En el gráfico 3 se observa, respecto a los países de la OCDE, lo que han mejorado en productividad total de los factores, para el periodo 1995-2004, en tasas de crecimiento anual. A mi me ha alarmado lo que sucede con el bloque de Alemania, Italia, España y Holanda. En cambio impresiona el avance anglosajón y nórdico, aparte de lo que ocurre con Grecia, debido a la situación de retraso que tenía esta economía. El caso de Irlanda muestra la importancia de lo que nos ha relatado nuestro compañero Termes Carreró. En resumidas cuentas, el mayor incremento en la productividad total de los factores se encuentra en los países que tienen una clara liberalización de los mercados para alegría de Friedman, Lucas, Kydland y Prescott; que además son aquellos que poseen políticas fiscales que incentivan la inversión y que disponen de políticas económicas que sirven para la recepción cómoda de las inversiones extranjeras. Me atrevo a añadir, aun a pesar de que pueda encasillárseme en el grupo que duda del

GRÁFICO 3

*Productividad total de los factores
(Crecimiento anual 1995-2004)*



Fuente: AMECO.

español como vehículo de expansión económica —por supuesto, lo del catalán, el vasco, el gallego y el valenciano, es algo carente de todo sentido económico y ganas de echar arena en los cojinetes de nuestra economía-, el tener como base el idioma inglés, la actual lingua franca en la globalización, mejora la productividad total de los factores.

El planteamiento de la Agenda de Lisboa se encuentra detrás de las cifras del cuadro 7, que muestran el fuerte desarrollo norteamericano entre 1996 y 2000. Estados Unidos crece sistemáticamente por encima del 3,6 por 100. La crisis de 2001-2002 se superó con rapidez. En la cumbre de Lisboa, en marzo de 2000, se decidió, adoptar medidas liberalizadoras y de mejoría del I+D+i, como se dijo por el Consejo de Europa ese mismo año, con el fin de disponer de una «economía más competitiva, dinámica y basada en el crecimiento, capaz de un crecimiento económico sostenido con más y mejores empleos y mayor cohesión social».

La estrategia que se puso en marcha, o *Estrategia de Lisboa de reformas económicas y estructurales* intentó basarse en un fomento de la sociedad de la información; en el desarrollo de un área europea para el I+D+i; en la liberalización con especial atención a la política de competencia; en el impulso de redes industriales en las áreas de telecomunicaciones, transportes y servicios; en una mayor eficiencia en los servicios financieros; en una mejora en el marco regulador para la empresa; en el reciclaje y recolocación de los trabajadores; en la modernización de la atención social, y como ya se andaba por las preocupaciones de Kioto —por cierto, tan inseguras científicamente, como acaba de mostrar en España el profesor Sanz Donaire, o como lo han efectuado en el mundo internacional bastantes expertos en mecánica de fluidos, o como lo ha planteado la autoridad de Henry R. Linden en su muy reciente artículo *How to justify a pragmatic position on anthropogenic climate change*, publicado en el año 2005- todo esto de la atención al desarrollo sostenible, enlaza, a mi juicio, con lo que en su *Diccionario políticamente incorrecto* señala irónicamente sobre esta expresión el profesor Rodríguez Braun.

El resultado, de acuerdo con J. Blanke y A. López Claros, en su trabajo publicado para el Foro Económico Mundial de Ginebra, en 2004, *The Lisbon Review 2004: An assessment of policies and reforms in Europe* —véase cuadro 8—, muestra que tres países de Europa del Norte superan ligeramente en competitividad a los Estados Unidos. La posición más retrasada, con España, Italia, Portugal y Grecia, corresponde, evidentemente al área mediterránea. La Unión Europea supera a Estados Unidos en eso del desarrollo sostenible, y se acerca mucho en industrias en red. También está mejor situada la Unión Europea que los Estados Unidos en servicios financieros e inclusión —o equilibrio— social. Debo observar que la desvia-

CUADRO 7

Tasa de crecimiento del PIB real (En porcentaje)

	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004*	2005*	2006*
UE-25	—	1,7	2,6	2,9	2,9	3,6	1,7	1,1	0,9	2,4	2,3	0,6
UE-15	2,4	1,6	2,5	2,9	2,9	3,5	1,7	1	0,8	2,3	2,2	2,3
Zona euro	2,2	1,4	2,3	2,9	2,8	3,5	1,6	0,8	0,5	2,1	2	2,1
Bélgica	2,4	1,2	3,5	2	3,2	3,8	0,6	0,7	1,1	2,5	2,5	2,6
República Checa	5,9	4,3	-0,8	-1	0,5	3,3	2,6	1,5	3,1	3,8	3,8	4
Dinamarca	2,8	2,5	3	2,5	2,6	2,8	1,6	1	0,5	2,3	2,4	2
Alemania	1,7	0,8	1,4	2	2	2,9	0,8	0,1	-0,1	1,9	1,5	1,7
Estonia	4,5	4,5	10,5	5,2	-0,1	7,8	6,4	7,2	5,1	5,9	6	6,2
Grecia	2,1	2,4	3,6	3,4	3,4	4,5	4,3	3,6	4,5	3,8	3,3	3,3
España	2,8	2,4	4	4,3	4,2	4,4	2,8	2,2	2,5	2,6	2,6	2,7
Francia	1,7	1,1	1,9	3,4	3,2	3,8	2,1	1,2	0,5	2,4	2,2	2,2
Irlanda	9,8	8,1	10,8	8,9	11,1	9,9	6	6,1	3,7	5,2	4,8	5
Italia	2,9	1,1	2	1,8	1,7	3	1,8	0,4	0,3	1,3	1,8	1,8
Chipre	6,5	1,9	2,3	4,8	4,7	5	4	2	2	3,5	3,9	4,2
Letonia	-0,9	3,8	8,3	4,7	3,3	6,9	8	6,4	7,5	7,5	6,7	6,7
Lituania	3,3	4,7	7	7,3	-1,7	3,9	6,4	6,8	9	7,1	6,4	5,9
Luxemburgo	1,4	3,3	8,3	6,9	7,8	9	1,5	2,5	2,9	4	3,5	3,6
Hungría	1,5	1,3	4,6	4,9	4,2	5,2	3,8	3,5	3	3,9	3,7	3,8
Malta	—	—	—	—	4,1	6,4	-2,2	1,8	0,2	1	1,5	1,8
Holanda	3	3	3,8	4,3	4	3,5	1,4	0,6	-0,9	1,4	1,7	2,4
Austria	1,9	2,6	1,8	3,6	3,3	3,4	0,7	1,2	0,8	1,9	2,4	2,4
Polonia	2,7	6	6,8	4,8	4,1	4	1	1,4	3,8	5,8	4,9	4,5
Portugal	4,3	3,5	4	4,6	3,8	3,4	1,6	0,4	-1,2	1,3	2,2	2,4
Eslovenia	4,1	3,6	4,8	3,6	5,6	3,9	2,7	3,3	2,5	4	3,6	3,8
Eslovaquia	5,8	6,1	4,6	4,2	1,5	2	3,8	4,6	4	4,9	4,5	5,2
Finlandia	3,4	3,9	6,3	5	3,4	5,1	1,1	2,3	1,9	3	3,1	2,7
Suecia	4,1	1,3	2,4	3,6	4,6	4,3	0,9	2,1	1,6	3,7	3,1	2,9
Reino Unido	2,9	2,8	3,3	3,1	2,9	3,9	2,3	1,8	2,2	3,3	2,8	2,8
Canadá	2,7	1,6	4,4	4,1	5,5	5,3	1,7	3,2	2	3	3,5	3,4
Japón	1,9	3,4	1,9	-1,1	0,1	2,8	0,4	-0,3	2,4	4,2	2,1	2,3
Estados Unidos	2,5	3,7	4,5	4,2	4,4	3,7	0,8	1,9	3	4,4	3	2,9

*: Previsiones.

Fuente: Eurostat.

CUADRO 8
Indicadores de competitividad, 2004

	Posición en el ranking	Puntuación total	Soc. de la información	I+D+i	Liberali- zación	Industrias en red	Servicios financieros	Clima empresarial	Inclusión social	Desarrollo sostenible
Finlandia	1	5,8	5,78	5,87	5,36	6,33	6,13	5,48	5,46	5,97
Dinamarca.....	2	5,63	5,68	4,87	5,14	6,51	5,96	5,6	5,52	5,78
Suecia.....	3	5,62	5,71	5,57	4,91	6,37	5,8	5,29	5,46	5,89
Reino Unido	4	5,3	4,96	4,67	5,11	5,78	6,1	5,62	4,86	5,3
Holanda	5	5,21	4,99	4,46	4,94	6,04	5,67	4,71	5,29	5,57
Alemania	6	5,18	4,95	4,9	4,64	6,36	5,62	4,64	4,37	5,96
Luxemburgo.....	7	5,14	4,98	3,57	4,96	6,22	5,72	5,17	5,19	5,28
Francia	8	5,03	4,52	4,68	4,65	6,1	5,68	4,68	4,72	5,2
Austria	9	4,94	4,69	4,27	4,54	5,76	5,48	4,28	4,88	5,64
Bélgica	10	4,88	4,08	4,45	4,63	5,74	5,39	4,69	5,12	4,91
Irlanda.....	11	4,69	4,14	4,18	4,47	4,89	5,59	5,3	4,62	4,35
España.....	12	4,47	3,71	3,93	4,5	5,34	5,14	4,32	4,38	4,48
Italia	13	4,38	3,94	3,87	4,4	5,3	4,92	3,64	4,24	4,74
Portugal.....	14	4,25	3,88	3,44	4,1	5,35	4,9	3,89	4,15	4,29
Grecia.....	15	4	3,16	3,44	3,96	4,99	4,74	3,78	3,9	4
Media Unión Europea.....		4,97	4,61	4,41	4,69	5,81	5,52	4,74	4,81	5,16
Estados Unidos.....		5,55	5,86	6,08	5,11	5,85	5,82	5,71	5,04	4,96
Desviac. típica		0,53	0,79	0,72	0,39	0,53	0,43	0,66	0,52	0,66

Fuente: BLANKE Y LÓPEZ CLAROS, 2004.

ción típica entre los componentes de la muestra —los países de la Unión Europea— es pequeña, o sea, que existe una gran homogeneidad.

Las fuertes diferencias con Estados Unidos se encuentran precisamente en la sociedad de la información, el I+D+i y el clima empresarial. Al calcular la desviación típica de los componentes de la que podemos llamar muestra de la Unión Europea, se observa que aquí existe una gran disparidad en el ámbito comunitario. Los datos españoles son muy preocupantes, ratificando los argumentos reiteradamente expuestos por nuestro compañero Sánchez Asiaín. Nuestros puntos más fuertes son los de los apartados de las industrias en red y los servicios financieros. No me parece mal lo que la decana de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Cantabria, Blanca Sánchez Robles obtiene como consecuencia de todo esto: «El cumplimiento de la estrategia de Lisboa obliga a los miembros de la Unión Europea a impulsar la innovación y la sociedad de la información y a propiciar un ambiente regulatorio y legislativo más proclive al desarrollo de la empresa financiera». Pero añade que puede haber ahí alguna contraposición y subraya: «Tradicionalmente se ha considerado que el Estado debe ser quien impulse la inversión en I+D y todos los aspectos relativos a la difusión de las nuevas tecnologías, mediante las políticas adecuadas. No cabe duda que esta filosofía es en parte cierta, pero no debemos olvidar un matiz: el impulso estatal a la I+D no debe ser tal que deteriore el clima empresarial, lo que podría ocasionarse si se diseñara un complejo sistema de subvenciones para impulsar la I+D, financiada a su vez por impuestos que detraen recursos de la empresa. No nos olvidemos que nos movemos en un difícil *trade off* donde es necesario optar por fórmulas creativas, como la cofinanciación de proyectos, la desgravación fiscal de la inversión en I+D, o el impulso a mecanismos de capital riesgo». O si se me apura, convendría consultar lo que explica Heckscher en su *Historia económica de Suecia*, sobre cómo lo hizo en el pasado un país poco desarrollado como era este país escandinavo a finales del siglo XIX, que dio un salto tecnológico de primera magnitud hasta alcanzar un alto nivel científicotécnico que, como vemos, continúa ostentando.

Lisboa nos indicó, con claridad, por dónde se debe avanzar, pero los veinticinco países comunitarios actuales, plantean problemas adicionales, aunque, evidentemente, al encontrarse ya sólidamente iniciada la unificación monetaria, es indudable que tal progreso ayuda para que no contemplemos un fracaso radical en esta dirección.

A mi juicio lo que provoca que vaya a ser muy difícil superar a los Estados Unidos es la espléndida Universidad norteamericana, que cada vez deja más arrinconada a la europea, sobre todo en aquellos lugares que no saben todavía qué

cosa es una Universidad que, de algún modo, siga el modelo de la famosa Universidad Humboldt.

Un aspecto más es necesario añadir para completar el triángulo de Eugenio Domingo Solans: el panorama de las condiciones sociales europeas, que muestra una situación, desde el punto de vista de la política social, muchísimo más favorable para Europa que la que existe en los Estados Unidos, como consecuencia de una historia que se remonta sobre todo a la Verein für Sozialpolitik y a la Fabian Society, y que por cierto sólo fue seguida, de lejos, por el institucionalismo y neoinstitucionalismo norteamericano, muy influyentes en el New Deal. El Banco Mundial, en su *Informe sobre el desarrollo mundial 2003* emplea para esto el conocidísimo índice de Gini, que a pesar de todas sus limitaciones, acaba ofreciendo señales adecuadas de lo que sucede en este sentido. Para unos índices —en ese Informe pueden verse todos, pero con los que siguen creo que es suficiente— de 0,300 para Alemania, de 0,327 para Francia, de 0,368 para el Reino Unido, de 0,273 para Italia, de 0,325 para España, Norteamérica ofrece el muy alto coeficiente de 0,408, que crea, se quiera o no, una realidad social que se aparta bastante de ese equilibrio social que ha buscado incansablemente nuestro continente.

Simultáneamente, como ahora mismo se observa en Francia, en Europa ha surgido una tensión casi intolerable entre equilibrio macroeconómico y medidas sociales, sobre todo por dos motivos. Uno, el de la rigidez del mercado laboral. Otro, el demográfico, por un más que seguro incremento en la carga de las jubilaciones. Esta cuadratura del círculo, cada vez más general en el ámbito comunitario, no parece augurar nada bueno.

* * *

En un mundo con una incorporación creciente de nuevos países al mundo del comercio internacional; con una tensión creciente, e imposible de disimular, respecto a todo el ámbito islámico, lo que exige un esfuerzo bélico que se traduce en un muy importante gasto público muy desequilibrador; con unos Estados Unidos que no ofrecen garantías de seguridad por lo que se refiere a sus posibilidades de desarrollo ante el gigantesco grado de endeudamiento, —más de 3 billones de dólares es el del Sector público en manos extranjeras— y —en eso sí nos podemos, desgraciadamente comparar, y aquí de nuevo estoy de acuerdo con nuestro compañero Jaime Terceiro—, con un ahorro interior absolutamente erosionado por unas altísimas tasas de consumo; con una tendencias nacionalistas en algunos países dirigentes comunitarios que se apartan demasiado del espíritu de los fundadores Schuman, Adenauer y de Gasperi, habría que pensar que a la Unión

Europea le esperan días muy difíciles. Pues bien; a pesar de todo esto, creo honradamente que la Unión Europea, por sus reformas estructurales del pasado, no está en el peor de los caminos, pero tampoco debemos contemplarla con tranquilidad. Por lo menos sería conveniente que se meditase en un momento de su historia. En los tristes días de mayo de 1498, a la espera de su muerte, Jerónimo Savonarola escribió una obra impresionante: *Última meditación. Sobre los salmos «Miserere» e «In te, Domine, speravi»*. En el apartado *Darás gozo y alegría a mis oídos y saltarán de gozo mis huesos humillados*, envió este mensaje: «Está escrito: «El que guarda toda la ley y falta en una sola cosa, es reo de toda la ley, es reo del infierno, que es el castigo de todos los pecados que llevan a la muerte». Dentro de la Unión Europea, por lo dicho, se han incumplido algunas cosas importantes. Se impone para todos sus dirigentes una meditación sosegada para que la amenaza de la frase de Savonarola no se convierta en triste realidad.